

28 agosto 1878

Tomada razón

CARTA PASTORAL

QUE

EL ILLMO. SR. LIC.

D. JOSE MARIA MORA Y DAZA,

DIGNISIMO

OBISPO DE VERACRUZ,

DIRIJE A SUS DIOCESANOS.



BX874  
.M67  
C3  
1878  
c.1

COATEPEC.

IMPRESA DEL ALBUM,

a cargo de Manuel M. Rebolledo.

1878.

892

Y. y V. Cabildo de la S. N. Catedral  
Leon.

26

BX874

.M67

C3

1878

C.1

003892



1080027008

# CARTA PASTORAL

QUE

EL ILLMO. SR. LIC.

## D. JOSE MARIA MORA Y DAZA,

DIGNISIMO

## OBISPO DE VERACRUZ,

DIRIJE A SUS DIOCESANOS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez  
COATEPEC.

IMPRESA DEL ALBUM,  
a cargo de Manuel M. Rebolledo.  
1878.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Handwritten text on the back cover, likely a library or collection mark.*

Bx 874  
M 67  
C 3  
1878

CARTA PASTORAL

QUE

EL ILLMO. SR. LIC.

D. JOSE MARIA MORA Y DAZA

OBISPO DE VERACRUZ

OBISPO DE VERACRUZ

DIRECCION DE DIÓCESIS



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

concedo, en sus altísimos desgracias, nos dio luego

**Nos el Lic. D. José Ma-  
ría Mora y Daza por  
la gracia de Dios y de  
la Santa Sede apostó-  
lica, Obispo de Vera-  
cruz.**

A nuestro muy ilustre y venerable señor Arcediano y Ca-  
bildo, á nuestros Vicarios foráneos, á todos los Párrocos y  
y demas eclesiásticos, y á los fieles de nuestra Diócesis.

Salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

Sabeis muy bien, Venerables Hermanos y ama-  
dos Hijos nuestros, que el dia siete del mes de Fe-  
brero del presente año, fué un dia de duelo para to-  
da la Iglesia. En ese dia de amargos recuerdos se  
llevó el Señor para sí á Nuestro Santísimo Padre  
el Señor Pio IX, de santa memoria. Este lamen-  
table acontecimiento nos dejó sumergidos en el mas  
acerbo dolor, porque no solamente veíamos en su  
augusta persona al mas amante de los Padres, sino  
tambien al sabio y distinguido Pontífice, que en el  
largo tiempo de treinta y dos años, tuvo en sus sa-  
gradadas manos el timon de la nave misteriosa de la  
Iglesia.

Honda fué nuestra pena por tamaña desgracia;  
mas el Padre de las misericordias y Dios de todo

003892

consuelo, en sus altísimos designios, nos dió luego un Sucesor dignísimo de aquel Venerable Pontífice, á quien conocemos hoy con el nombre de Leon XIII.

El día tres de Marzo fué ceñida su frente con la triple corona, y recibió en sus manos las simbólicas llaves de la autoridad y del poder, que fueron dadas por Jesucristo al primer Pontífice, su representante sobre la tierra. A los dos meses de haber ocupado la Cátedra de S. Pedro, ha dirigido su Encíclica á los Obispos del mundo católico, documento precioso que os vamos á dar á conocer. En él vereis la misma solicitud, el mismo celo, el mismo empeño de su Santo Predecesor, en favor del rebaño confiado á su cuidado pastoral: en él vereis las demostraciones del amor mas tierno hácia todos los hombres, y su ardoroso deseo de levantar á las modernas sociedades de la postracion moral en que se encuentran. Oid, pues, con sumision y humildad las santas palabras del Pastor de los Pastores.

*Encíclica de Nuestro Santísimo Padre el Señor Leon XIII, dirigida á los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe católico, que están en gracia y comunión con la Silla apostólica.*

Venerables Hermanos:

Salud y bendicion apostólica.

Apénas fuimos elevados por una disposicion inescrutable de Dios, aunque sin ningun mérito de nuestra parte, á la Suprema Dignidad apostólica, cuando sentimos un vehemente deseo y como una necesidad de dirijiros nuestras letras, no

solo para manifestaros el amor que os profesamos, sino tambien confirmaros segun el cargo que recibimos de Dios en ser nuestros auxiliares, para sostener con Nos esa lucha que sostenemos en favor de la Iglesia de Dios y de la salvacion de las almas.

Desde el principio de nuestro Pontificado se presenta á nuestra vista el triste cuadro de los males que rodean por todas partes al género humano: esa subversion tan manifiesta de las supremas verdades, en las que como en su fundamento se apoya la sociedad humana; la soberbia de algunos hombres de talento, que no quieren someterse á las potestades legítimas; esa causa constante de disturbios de donde vienen las discordias intestinas, las guerras crueles y sangrientas: el menosprecio de las leyes que rijen las costumbres y defienden la justicia: la codicia insaciable de los bienes terrenos y el olvido de los eternos hasta apoderarse de los hombres un loco furor por el que no temen quitarse la vida: la mala administracion de los caudales públicos que sin conciencia se derrochan y dilapidan; así como tambien la desvergüenza de aquellos que obran con engaño para hacer entender que son defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho; finalmente, aquella peste mortífera que corre por las arterias del cuerpo social, que no le deja descansar y que le ocasiona nuevos trastornos y funestos resultados.

Tenemos la firme persuasion de que la causa de todos estos males consiste muy principalmente en que la autoridad santa y augusta de la Iglesia se ha menospreciado y conculcado, esa autoridad que preside al género humano en nombre de Dios, siendo ella misma la defensora y el apoyo de toda autorinad legítima. Conociendo muy bien esto mismo los enemigos del orden público, han juzgado que ninguna cosa mejor podrian hacer para destruir los fundamentos de la sociedad, que la persecucion tenaz de la Iglesia de Dios ha-

ciéndola odiosa y aborrecible por medio de vergonzosas calumnias, como si ella fuese enemiga de la sociedad civil, han tratado de menoscabar su autoridad y su fuerza con nuevas heridas que han abierto en ella todos los días, procurando igualmente echar por tierra la suprema potestad del Romano Pontífice, en quien razones eternas é inmutables de lo bueno y lo recto encuentran un custodio y un vengador. De aquí han venido esas leyes que destruyen la constitucion divina de la Iglesia católica, las que con sentimiento vemos que se han dado en muchos lugares; de aquí ha nacido el desprecio de la potestad episcopal, los obstáculos que se ponen al ejercicio del ministerio eclesiástico, la disolucion de las comunidades religiosas y la confiscacion de los bienes con que se alimentaban los ministros de la Iglesia y los pobres; de aquí ha resultado que se separasen del gobierno saludable de la Iglesia los establecimientos consagrados á la caridad y á la beneficencia; de aquí tambien ha nacido aquella desenfrenada libertad de enseñar doctrinas perniciosas y de publicarlas, cuando por el contrario de todas maneras se viola y se oprime el derecho que tiene la Iglesia para instruir y educar á la juventud. Con el mismo fin se ha quitado al Romano Pontífice el Principado civil que hace muchos siglos le fué concedido por la Providencia divina, para usar libre y espeditamente de la potestad que le confirió Nuestro Señor Jesucristo para la eterna salvacion de los pueblos.

Os hemos mencionado, Venerables Hermanos, este inmenso cúmulo de males, no para aumentar vuestra tristeza, que naturalmente debe causaros la situacion funesta en que nos encontramos; sino mas bien para que por esto mismo comprendais cuan importante es trabajar en nuestro ministerio y emplear todo nuestro celo, y el empeño tan grande con que debemos procurar defender y vindicar en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, la Iglesia de Cristo y la dignidad de esta silla apostólica.

Es una cosa muy evidente, Venerables Hermanos, que la causa de la civilizacion no tiene fundamentos sólidos en que apoyarse, si no descansa en los principios eternos de la verdad y en las leyes inmutables de lo recto y de lo justo, así como tambien si no están unidos los hombres con los vínculos del amor y si no dirige este mismo amor entre ellos sus deberes y obligaciones. Pero quién se atrevará á negar que la Iglesia por la predicacion del Evangelio llevó la luz de la verdad á los pueblos salvajes é imbuidos en torpes supersticiones, dándoles á conocer al divino Autor de todas las cosas, y á conocerse á sí mismo? No es la Iglesia á quien se debe la abolicion de la esclavitud, volviendo al hombre á la antigua dignidad de su nobilísima naturaleza? No es la Iglesia quien por medio del signo de nuestra redencion plantado en todos los lugares de la tierra, ha protegido las ciencias y las artes, ha fundado los mejores establecimientos de caridad con que ha aliviado las miserias de la humanidad, ha contribuido de todos modos á la cultura del género humano, procurando con todo empeño librarlo de la miseria y ponerle en aquel estado conforme á la dignidad humana? Si alguno de sano juicio compara esta época en que vivimos tan hostil á la Religion y á la Iglesia de Cristo con aquellos tiempos muy felices, en que la Iglesia era honrada como una madre por las naciones, fácilmente conocerá que nuestra época llena de trastornos y desastres camina rápidamente á su ruina, y que aquellos tiempos florecieron por los mejores institutos, por la tranquilidad de la vida, por las riquezas y la prosperidad á medida que los pueblos fueron mas observantes del gobierno de la Iglesia y de sus leyes. Y si muchos de esos bienes de que hemos hecho mencion, reconocen su origen en el ministerio de la Iglesia y en sus saludables auxilios y se consideran como obra de la civilizacion, está muy léjos la Iglesia de Cristo de rechazar esa misma civilizacion cuando por el contrario, ella ha sido su nodriza, su maestra y su madre.

Antes bien ese género de civilización que está en pugna con las doctrinas y leyes de la Iglesia, no es otra cosa mas que una civilización fingida y un nombre vano. De lo cual son una prueba clara aquellos pueblos, en los que no ha brillado la luz del Evangelio, y en los que viéndose solamente una sombra de civilización, no han podido gozar de sus bienes sólidos y verdaderos. No debe creerse que los pueblos han alcanzado la perfección en la vida civil, cuando se desprecia la autoridad legítima, ni debe juzgarse como verdadera libertad la que torpe y miserablemente se junta con la desenfrenada propagación del error, con las malas pasiones, con la impunidad de los crímenes y con la opresión de los buenos ciudadanos de cualquiera clase que sean. Siendo estos principios erróneos y absurdos, no tienen la fuerza de perfeccionar á la familia humana ni de darle la prosperidad, puesto que *el pecado hace miserables á los pueblos*, sino que absolutamente es necesario que una vez corrompidos el entendimiento y el corazón, esos mismos principios, con su propio peso empujen á los pueblos á toda clase de desastres, destruyan el orden, y de esta manera arrastren mas tarde ó mas temprano la condición y tranquilidad de la república á su última ruina.

Qué cosa más injusta puede haber si se examinan las obras del Pontificado Romano, que el negar que los Pontífices han merecido bien de la sociedad civil? Ciertamente nuestros Predecesores para atender al bien de los pueblos no vacilaron en emprender grandes luchas, en sufrir grandes trabajos, en hacer frente á graves dificultades; y con los ojos fijos en el cielo ni inclinaron la frente á las amenazas de los malvados, ni faltaron jamas á sus deberes por halagos ó vanas promesas. Esta silla apostólica fué la que recogió y aumentó los restos de la antigua sociedad decaída; esta silla apostólica fué la antorcha que hizo brillar la civilización de los antiguos tiempos; fué el áncora de salvación en medio

de horribles borrascas en que estuvo envuelto el linaje humano; fué el sagrado vínculo de concordia que unió entre sí á las naciones más lejanas y de diversas costumbres: finalmente, fué el centro comun donde se encontraban la doctrina de la fe y de la religión, así como los bienes de la paz y de la pública tranquilidad. El elogio que puede hacerse de los Pontífices consiste en que constantemente se han opuesto como un muro y un firme baluarte para impedir que la sociedad humana volviese á caer en la superstición y en la barbarie.

Ojalá y nunca esta autoridad saludable hubiera sido menospreciada ó repudiada! A la verdad, ni el Principado civil hubiera perdido aquel augusto y sagrado decoro que habia recibido de la religión, y el cual solamente hace digna del hombre la condición de obedecer: ni se hubieran enardecido tantas sediciones y tantas guerras, que han llenado de calamidades y estragos á la tierra, ni los reinos en otro tiempo tan florecientes caidos de la cumbre de la grandeza, hubieran sido oprimidos con el peso de tantos males. De esto pueden servir de ejemplo los pueblos orientales que rotos los suaves vínculos que los unian con la silla apostólica, perdieron el esplendor de su primitiva nobleza, el brillo de las ciencias y de las artes, y la dignidad de su imperio.

Los insignes beneficios que la Santa Sede ha otorgado á todos los pueblos de la tierra, como lo declaran ilustres monumentos, los ha recibido muy particularmente la nación italiana que como más cercana á la silla apostólica, así tambien ha recogido mayores y más abundantes frutos. A los Romanos Pontífices debe la Italia su gloria y su grandeza, por las que ha sobresalido entre las demás naciones. Su autoridad y sus cuidados paternales la han puesto á cubierto de los ataques de sus enemigos y le han proporcionado toda clase de auxilios para que la fe católica en todo tiempo se guardase íntegra en los corazones de los italianos.